

SOCIEDAD MALAGUEÑA DE CIENCIAS

CONCEPTOS SOBRE

PREHISTORIA IBERA

RELACIONADOS CON EL

PROBABLE ORIGEN DE MÁLAGA

DEL DE SU NOMBRE Y DEL DE SUS ALEDAÑOS



GRÁFICAS "LA MODERNA"
STRACHAN, 24.-TELÉF. 1654
MÁLAGA
1939



SOCIEDAD MALAGUENA DE CIENCIAS

CONCEPTOS SOBRE

PREHISTORIA IBERA

RELACIONADOS CON EL

PROBABLE ORIGEN

DE MÁLAGA

DEL DE SU NOMBRE Y DEL DE SUS ALEDAÑOS



GRÁFICAS "LA MODERNA"
STRACHAN, 24.-TELÉF. 1654
MÁLAGA
1939

CONFERENCIA PRONUNCIADA EN EL
SALÓN DE ACTOS DE LA SOCIEDAD
MALAGUEÑA DE CIENCIAS ANTE
LAS EXCMAS. AUTORIDADES POR

D. FRANCISCO SEBASTIÁN Y SEBASTIÁN

EL DÍA 27 DE FEBRERO DE 1939

Al lector

Los conceptos vertidos en este volumen acerca de la equivocada orientación que hasta ahora se ha seguido en el estudio de nuestra Prehistoria; del camino que a nuestro juicio conviene seguirse para poder avanzar con mayor desenvoltura, seguridad y acierto en marcha retrospectiva sobre ella; y las nuevas ideas que con relación al probable origen del nombre de Málaga y del de sus aledaños exponemos en el mismo fueron objeto de una Conferencia que, a requerimiento de su Junta Directiva, tuvimos el honor de pronunciar en la sala de Actos de la SOCIEDAD MALAGUEÑA DE CIENCIAS el día 27 de Febrero de 1939.

Los modernos estudios que se han realizado y continúan efectuándose en torno a la cultura ibérica permiten ya desarrollar temas inéditos de vasta amplitud y relevante importancia para el mejor conocimiento de las sucesivas fases, prehistórica e histórica antigua, de la vida de nuestros antepasados. Pudiéramos habernos extendido mucho más y haber tocado puntos muy curiosos e interesantes en el curso de nuestra disertación, pero su desarrollo no cabía en el limitado espacio de tiempo a que ha de sujetarse una Conferencia. Objeto serán de una obra de mayor amplitud y fondo que, Deo juvante, nos prometemos dar a la estampa.

El Autor.

El estudio de la Prehistoria

Sendas extraviadas

Hay varios errores, ya seculares, que impiden avanzar, en curso de retroceso, por el camino de la investigación de nuestra Prehistoria. Uno de ellos es el haber estado viviendo y discurriendo a través de Historias de prestado, escritas por autores extranjeros, hebreos, griegos y romanos, que desnaturalizaron la verdad de nuestro país cuanto les vino en gana, o la ignoraron, dando como fruto de su labor ese «montón de despojos» que con acierto anatematizó Menéndez y Pelayo en su monumental Historia de los Heterodoxos. Otro de los errores, y no menos importante, es el no querer, contra toda razón y buen juicio abrir los ojos a la realidad para buscar en el hogar y lenguaje bascos (1) los fundamentos y el nexo por los cuales podamos explicarnos muchas cosas que descubre la arqueología y muestran la paleografía y la filología, de las cuales nada pudieron decir ni griegos, ni hebreos, ni fenicios ni romanos, por la sencilla razón de que las ignoraron.

El primero de esos errores ha traído otro anejo, funesto, con el nombre de *mirage oriental*, que ha influido de manera eficazmente pernicioso en nuestros

(1) Escribimos basco son B, por razones de etimología; pues ni el ibero tenía el signo V, ni lo usa el basco.

investigadores, haciéndoles ver todo lo de nuestro país, cultura espiritual, artística, lingüística, etc., como cosa exótica. En efecto, en cuanto aparece en nuestro subsuelo una manifestación cualquiera de cultura, fáltales tiempo para buscar su congénere en Oriente o en cualquier otro paraje del Universo a fin de estudiarla, no como cosa propia, sino desde un punto de vista de subordinación. No cabe, en el concepto de algunos, la posibilidad de que España hubiera podido crear nada original, y menos, todavía, que lo hubiera podido difundir y hacer llegar a otros países. Nuestros antepasados, por lo visto, no eran como los demás mortales: tenían que pertenecer a una clase inferior.

El segundo de los citados errores ha originado una lamentable desorientación en el estudio de los restos lapidarios, medallas, monedas, inscripciones y textos más o menos largos grabados en cerámica, en *pondus* y hasta en láminas de plomo y de bronce, cuya explicación se ha buscado en vano por medio de los lenguajes fenicio o griego, cuando no por sonsonete con el romano. El tiempo pasa; la confusión impera y nuestra ignorancia continúa sin remedio y sin enmienda.

¿Qué Cejador consigue en su «Ibérica I» dar un valor exacto a los signos llamados de letras desconocidas, de tal forma que, quinquiera que sea, que sepa basco y siga su método pueda leer sin dificultad cuanto se le presente escrito con caracteres iberos? Pues no se le hace caso: se le llama chiflado y a continuar sumidos en el error. Sin embargo un ente privilegiado de nuestro tiempo le ha dado implícitamente la razón. No hace mucho tiempo, nuestro eminente Menéndez Pidal, en una réplica que dirigió al diario francés «Le Temps» decía: «..... quedando como preciosa reliquia de la España Ibérica, de la cual los vascos recibieron su

cultura primitiva y su lengua actual.» ¿Habrán sido capaces de llamar también chillado a Menéndez Pidal?

Evidentes pruebas del desorden, de la falta de criterio, de la predisposición de ánimo que ha presidido siempre en el estudio de cuanto se relaciona con la cultura de nuestras generaciones pretéritas las ofrecen los investigadores con sus trabajos acerca de las huellas que las mismas nos legaron en testimonio de su saber.

Cuando nuestro arqueólogo Sautuola, por una fortuita intervención de su hija María descubrió la famosa cueva de Altamira y denunció al mundo científico su antigüedad y meritorio valor artístico, los profesionales de la arqueología se le echaron encima, presurosos, cual cuerpo de bomberos en presencia de un incendio. No era posible que en tierras españolas hubiera podido habitar un pueblo, en tan remotas edades, capaz de producir tan portentosas bellezas. Fué preciso que algunos años más tarde aparecieran otras semejantes en el sur de Francia, para entonces, vinculándolas, conceder a unas y otras el valor artístico y la antigüedad que Sautuola atribuía a las de Altamira. Pero, claro está, sentando el principio de que el arte de ambos grupos de cavernas hubo de ser fruto cultural de una raza venida de..... de más al Norte; de unas tierras cuya procedencia no ha sido posible todavía determinar. Todo menos admitir que fuera obra de gente autóctona, peninsular: IBERA.

Poco dura, entre tanto, la alegría en casa de los pobres—pobres de espíritu, por supuesto—pues la verdad, quieras que no, se impone con el tiempo, y ya se va abriendo camino induciendo a pensar que esa gente fuera nuestra, que ascendió del Sur de la Península, como está denunciado el arte de la cueva de la Pileta, al parecer con vestigios de precedencia sobre el de la

de Altamira y sobre el de la de Levante; cuyo último no repugna la calidad de variante, de evolución sincrónica del de Altamira, y de sucesor, como éste, del de las estaciones del Sur de España. «Sala sixtina del arte cuartenario» denominó Deschelete a una de las piezas de las cuevas de Altamira. 20.000 años de existencia les atribuye éste; de 12 a 15.000 Obermaier. Entre tanto, los más antiguos vestigios de arte pictórico de Babilonia y de Egipto no alcanzan una edad mayor de 4.000 años, todo antes de J. C. La vanidad de la civilización egipcia, por este lado como por todos, está quedando en descenso. Probable es que, los investigadores venideros tengan que buscar los orígenes de aquella civilización por estas tierras de occidente.

La cultura de Almería, en el neolítico, en el concepto de los arqueólogos no podía ser de aquí: había de ser camita, o sea bereber. Pero no está lejos el día en que haya de reconocerse que los bereberes o camitas fueran una ramificación ibera. Los sepulcros de cúpula no podían ser iberos, sino micénicos, por su parecido con éstos; pero la verdad se va abriendo camino a pasos firmes demostrando que el centro creador de ese sistema de enterramientos se halla en Iberia. La cerámica, forzosamente tenía que ser helena: aquí no había capacidad para crearla y menos aún para perfeccionarla evolutivamente y difundirla por doquier; pero aún está por decir la última palabra acerca del origen de su decoración que semeja mucho ser el fiel reflejo de los signos escriturarios iberos. El uso de los metales, al decir de Siref, era desconocido en España hasta que llegaron los fenicios, unos 1.000 años antes de J. C. Y a este señor, que ha creído hallar el mundo ibero a través de un prisma fabricado por él, no le dice nada, por lo visto, el lujo de objetos de oro y plata que usaban *nuestros* Tartesos, *los de Tartes* de la Bética, y la

existencia de obras famosas cual la diadema de oro de Cáceres, que se atribuye al segundo milenio anterior a nuestra Era y, por tanto, antes de que la ambición de aquellos mercaderes ambulantes hiciera acto de presencia por estas latitudes. El alfabeto ibero, quieras o no, había de ser focense o fenicio; pero después de metódicas y profundas comparaciones y estudios demuestra Cejador que el focense y el fenicio son tributarios del ibero. Aparece en el neolítico el vaso campaniforme que, como exponente de una cultura, no de un vulgar cacharro de carácter doméstico, se extiende por las más apartadas regiones europeas. Siguele la civilización del Argar. La alabarda, creación peninsular de la época del sílex, se impone al advenimiento del bronce y se propaga por toda Europa.

Pues bien: de todo ésto, del verdadero origen de esas cosas nada podríamos saber si no nos lo hubiera descubierto la arqueología, aunque de una manera deficiente, porque los investigadores, al describir sus descubrimientos no saben hurtarse a la indigencia de buscar, a cada manifestación de cultura que surge, su congénere en el extranjero para estudiarla como cosa de importación, merced a la influencia de las Historias de prestado mencionadas al principio. O se la busca un origen extranjero o se inventa un pueblo invasor a quien atribuírsela. ¿Qué más, si hasta a la tierra ibera se la pretende poner en duda la facultad de criar espontáneamente una planta que la es tan común como el esparto? Schulten recoge en su «Hispania» una cita de Plinio, según la cual el esparto—que era objeto de activa industria y lucrativo comercio en su tiempo—había sido traído de Africa por los Cartagineses. Plinio vió que se manufacturaban aquí, entonces, sandalias y otras prendas de vestir, y cordelería de ese vegetal; pero ignoró, naturalmente, que esa industria ya existía

en nuestro país desde el neolítico, según nos ha mostrado modernamente la arqueología.

Nuestros antepasados sufrieron serios infortunios por parte de todo género de invasores mediterráneos. Pero si tanto unos como otros lograron dominar parcialmente por la fuerza a los naturales con fines especulativos, ninguno pudo establecer solución de continuidad en sus usos, costumbres, cultura y religión. Lo único que los romanos consiguieron al cabo de los 200 años de conquista, y de otros 200 que les costó la no completa dominación de la Península fué corromper el idioma que aquí se hablaba y escribía decenas de milenios antes de venir ellos, sin lograr, en todo caso, que el pueblo hablara el latín, que fué siempre una lengua castrense, con extensión, apenas, a las colonias romanas aquí establecidas. El derecho hispano mismo, que, según recientes estudios de Antonio Cases, no era fenicio, ni griego, ni cartaginés, sino puramente ibero, lejos de ser derrocado por el romano, consiguió mantenerse firme, convivir con él y hasta modificarlo adaptándolo a las necesidades indígenas.



Orígenes de Málaga

Viciosas interpretaciones sobre su nombre

Advertidos los antecedentes expuestos nada nos detiene a considerar que cuanto se ha escrito en torno de los orígenes de Málaga padece de vicios de nulidad: todo es pura invención.

Nada hay para conocer con propiedad y con carácter de verosimilitud una cosa como examinar todas las facetas que la rodean; todas las circunstancias y modalidades que la caracterizan, buscando por comparación con otras similares y contemporáneas, en forma retrospectiva, los elementos necesarios para formar juicio sobre ella. Vamos a examinar, pues, elementos que están estrechamente vinculados al terreno de la ciudad y a los nombres de Málaga, Malagueta, Gibralfaro, Guadalmedina y Guadalhorce; y entre unos y otros podremos llegar a establecer una conclusión más razonable que cuantas se han emitido, y más en armonía con los principios de la propiedad.

Supongamos reunidos en una tertulia a tres amigos, cada cual con sus respectivas aficiones literarias, divagando sobre asuntos de Historia, y que entre ellos surge la pregunta: ¿Qué quiere decir Málaga? ¿Quiénes fueron los fundadores de Málaga? Uno de los opinantes, entusiasta admirador de los cartagine-

ses y de sus andanzas por nuestras tierras, asevera que la etimología de la palabra Málaga es púnica, que se deriva de MALAKS, en cuya lengua, según él, significa FUNDICION DE METALES. Toma la palabra otro, aficionado a los estudios helénicos y dice: Esa versión no puede admitirse porque antes que los cartagineses, por el siglo V anterior a J. C. anduvieron por estas costas los focenses, que hablaban griego, y que pudieron haber fundado aquí una de sus factorías con el nombre de MALAKOS, palabra que significa SUA-VE, con referencia probable a la dulzura de su clima. Sin esperar mayores razonamientos, el tercero, creyendo aportar elementos de juicio de más positivo valor histórico y filológico, capaces de anular los argumentos de sus contertulios, recuerda a éstos que por el año 1.000 antes de J. C. apareció por éstas tierras una legión de buscadores de metales—los fenicios—que pudieron ser los fundadores de Málaga, visto que la conocieron con el nombre de MALACH; y que aun cuando unos dan a esta palabra el significado de CONDIMENTO DE SAL y otros la atribuyen el de PES-CADO SALADO, bien se vé que ambas interpretaciones recuerdan a la industria de salazones que desde muy antiguo había en estas playas.

Este es el fruto que en concreto se obtiene estrujando las Historias de prestado que repetía anteriormente. Plinio, Polibio, Estrabón y otros hicieron alguna que otra alusión al nombre de Málaga, trasladándolo a sus escritos según les dictaba más o menos la fonética de su respectiva lengua, pero sin cuidar de saber *lo que la palabra—ya viejísima—pudiera significar en la lengua del pueblo indígena que la creó*. Y nuestros investigadores, también, en vez de seguir este camino se abisman en el gran error de pretender buscar el significado de la palabra en unas lenguas que no lo tienen,

y que no pueden tenerlo; porque antes de que aparecieran por nuestras costas los fenicios, los griegos y los cartagineses, en el gran neolítico surgió ya, en Iberia, una época cultural artística formidable que invadió el Mediterráneo y se extendió por casi toda Europa, y parece absurdo pensar que aquellos seres que la iniciaron y derramaron no tuvieran paralelamente otra cultura intelectual y espiritual en proporción a la primera, que les capacitara para aplicar nombres a sus territorios y a sus poblaciones. La reflexión se muestra esquiva con esos mismos investigadores porque si lanzaran una mirada retrospectiva al paleolítico, advertirían en esa época la necesidad de haber existido otra generación adelantada, puesto que creó ese portentoso arte de las cavernas, arte que constituye también una época cultural de altos vuelos. Y si se arguye, en balde, que la existencia de tales obras de arte no autoriza a deducirse un estado cultural medio de la época, replicaremos que en ese caso tampoco se le podría deducir del tiempo de Murillo, de Goya o de Moreno Carbonero y Sorolla, porque no todos los habitantes de España, en sus respectivos tiempos fueron artistas como ellos.

Representa, sí, un estado cultural de la época, aun cuando algunos piensen lo contrario. En una Guía de Málaga, dedicada al Turismo se califica de SALVAJES a quienes grabaron los trabajos encontrados en la cueva de Doña Trinidad, existente entre Carratraca y Ardales, del pleno paleolítico superior, sin perjuicio de que luego, el redactor de la Guía, al relacionar determinadas pinturas de una sala de la misma cueva, se entusiasma destacando el verismo de una cierva, diciendo que es *una obra maestra de anatomía, naturalidad y vida en la postura*. Y como es de suponer que el autor de la pintura no tuviera en su presencia, quiete-

cita, a la cierva, para observar, estudiar y copiar minuciosamente sus movimientos y posiciones, (lo cual acrecienta el valor del artista por su retentiva meritória), esa maestría de anatomía, de naturalidad y de vida en la postura revelan una inteligencia poco común y autorizan a creer en un estado cultural medio superior al que es dable esperar de un pueblo de SALVAJES, en el sentido que cabe darse a esta palabra.

Y si se arguye, todavía, que en épocas ya históricas Apiano, Estrabón, Diodoro, Justino y Tácito, entre otros, al decir de Schulten, cuidaron de consignar *horribles rasgos de ferocidad bestial* en nuestros antepasados; y que Avieno, escudándose en autores griegos y fenicios que no cita, acusara a nuestro pueblo de *gente dura, feroz, apegada a sus cuevas y dada a la caza*, también se puede replicar que la tónica dominante en unos y otros fué la de escribir generalizando, con manifiesta intención degradante; pues habiendo en todos los estados de la vida cultural del mundo un más y un menos, si denunciaron lo malo debieron mencionar igualmente lo bueno, mostrando imparcialidad para que el lector pudiera, en la posteridad, formar un juicio aproximado deduciendo el promedio cultural del pueblo en cada época.

¿Acaso Avieno, que vivió en el siglo IV de nuestra Era, dijo algo del estado de progreso hispánico contemporáneo suyo, que ha revelado la arqueología en excavaciones sucesivas del Cerro de los Angeles, del Collado de los Jardines y del Castellar de Santisteban, que representan la época final de la cultura indígena pre-romana? Pues si no dijo nada, fué injusto y parcial, al recoger la acusación de griegos y fenicios y no dar la suya exacta.

Los historiados modernos no andan sobre terreno firme al seguir las huellas de los antiguos. Que todavía

padece España su rincón de Hurdes, es indudable; pero no lo es menos que posee Museos, Laboratorios Científicos, Universidades y Escuelas de altos estudios especiales cuya actuación coloca a España en un buen nivel entre los pueblos civilizados. Y si esto último no autoriza a creer que todos los españoles seamos hombres de ciencia, tampoco de lo otro se infiere que toda España esté formada de porciones de Hurdes.

Antecedentes que conviene conocer para explicarse el significado de las palabras Málaga, Malagueta, Gibralfaro, Guadalmedina y Guadalhorce.

Si MALACH, pues, como decíamos antes, significa en fenicio CONDIMENTO DE SAL o PESCADO SALADO, bien se puede afirmar, sin el menor recelo, que esa definición carece de los más elementales principios de la propiedad con aplicación a la palabra MALAGA, porque ésta, como todos los nombres iberos es de carácter toponímico o geográfico, y ni condimento de sal ni pescado ~~salado~~ se prestan remotamente para traer a la memoria cosa alguna relacionada con la toponimia ni con la geografía. Málaga no puede ser nombre fenicio. La impropiedad de esa definición nos recuerda otra, griega, que todo el mundo culto conoce. Todos habrán leído, o habrán oído hablar de la Odisea, de ese poema épico atribuido a Homero, en el que se nombra a los cíclopes, pueblos que habitaban en el N. del Mediterráneo Central. Pues bien: que los griegos conocieron a esos pueblos no ofrece ningún género de

dudas; pero que no eran como los describe la Odisea no es menos cierto. La fábula nació de interpretar equivocadamente la palabra de una lengua extraña por el significado que la atribuía otra. De este modo, porque CLICLOPS, forma griega de CYCLOPES significa en griego tuerto, los helenos hicieron bonitamente tuertos—es decir, que no tenían más que un ojo—a todos los cíclopes. ¿Por qué razón, pues, se ha de acudir al griego, al púnico o al fenicio para averiguar lo que Málaga pueda significar, y no intentarlo con el auxilio de la lengua que en el país se hablaba cuando por aquí aparecieron unos y otros invasores? Vamos a intentarlo.

Antes de iniciar, entre tanto, el análisis de los nombres cuya etimología vamos a exponer, será preciso explicar algunos pormenores poco estudiados, cuyo conocimiento es necesario para la más perfecta comprensión de aquéllos.

Preliminarmente hay que partir del principio de que el pueblo ibero es autóctono, indígena de nuestra Península, formado en las márgenes del río Bero (hoy Tinto), como su contemporáneo y consanguíneo iléo, ascendiente del ilete o ileta conocido en la Historia por ileate, lo fué en las del río Le, primitivo nombre del Guadiana.

Estas dos tribus constituyen la generación del tronco de los IS, primera capa étnica de la Península, originada por probable cruzamiento de elementos Neandertaloides y de Cro-Magnon, al correr del paleolítico, en esa comarca de Tarsis de la provincia de Huelva, que en aquellas lejanas edades ofrecería la configuración geográfica de una isla: la isla de los IS; TAR-S-IS.

I, en ibero representa lo erecto, lo erguido: el hombre en la especie humana, por oposición a la irracional que anda sobre sus cuatro extremidades. I, en basco,

como en ibero significa TU, segunda persona del singular, en el trato social. I, pues, era el individuo; IS, reunión o conjunto de individuos, de donde salió ILLI como expresión de ciudad o población. Tarsis, expresa:

Por TAR, isla;

Por S, asendereada, llena de sendas, pisada, poblada;

Por IS, individuos erectos, erguidos.

TARSIS, isla poblada por los IS.

Que la rama ibera, en sus sucesivas expansiones territoriales hubo de ejercer grande hegemonía y preponderancia en la Península lo denuncia el hecho de que todavía en los tiempos a que se refiere la «Ora Marítima» de Avieno, y en los de Hecateo, por el siglo VI antes de J. C. se nombran tribus de estirpe ibera, cual la de los Tartesos, la de los Elbestios, la de los Bastetanos, la de los Edetes, la de los Ilergetes, etc.

Hay otro principio que necesita ser puesto en relieve: el del lenguaje. Los iberos, con una inteligencia no bien apreciada todavía, de la cual solamente Estrabón dejó consignado un recuerdo al decir que los Turdetanos, rama descendiente de los Tartesos, como la de los Túrdulos, conservaban escritas las memorias de la antigüedad, y tenían poemas y leyes en verso de 6.000 años de existencia, lo que representa cerca de 8.000 años para nosotros, crearon un lenguaje y un alfabeto tan originales que no ha habido otros que le aventajen ni en antigüedad ni en propiedad de expresión; a tal punto que su alfabeto hubieron de adaptarlo, con leves variaciones impuestas por las respectivas fonéticas, los asirios, los fenicios y los griegos, sin explicarse ninguno ni su etimología ni la razón de su imposición; cualidades que posee el ibero, porque cada signo suyo tiene representación propia y carácter determinado del valor de su modulación. Y ese lenguaje,

expresado hoy en signos romanos, lo conserva todavía el pueblo eúscaro, solera de nuestro pueblo ibero, aun cuando otra cosa crean algunos, incluso bascos.

— —

Sentadas estas premisas vamos a indicar el sentido que encierra la palabra Málaga, y las circunstancias que concurren para pensar en los momentos de su fundación. En los cuales, la Geología anima a presumir que el gran circo que origina la serie de alturas que casi rodean a la ciudad, tendría su suelo a algunos metros por debajo del nivel actual, encerrándose en su vasta extensión, más que una especie de golfo, un brazo de mar que se internaría por toda la hoya del Guadalhorce llegando sus olas tierra adentro. Los historiadores y los geógrafos antiguos no lo denuncian; pero si esto dice algo puede ser, sencillamente, que cuando ellos aparecieron por aquí la invasión de aguas habría desaparecido ya. La omisión puede significar, acaso, antigüedad remota con relación a la época de los primeros escritores.

Quien haya caminado por esos acertados paseos que el Municipio actual ha abierto para facilitar el acceso a las alturas del monte Gibralfaro habrá advertido la fragilidad que acusa su terreno, compuesto en general de capas de tierra y casquijo tan quebradizas que se desmoronan con facilidad. Si a todas esas montañas de los alrededores de Málaga las imaginamos sometidas a la acción milenaria persistente de arrastres, ocasionados por las tremendas masas de agua sucesivas, con la colaboración eficaz del Guadalhorce, no es aventurado sospechar que aquella inundación, aquel brazo de mar que se internara tierra adentro, fuera desapareciendo poco a poco merced al producto de los arrastres, hasta la completa desecación del terre-

no. Pero la desecación hubo de producirse de manera lenta y no uniforme y esa desigualdad nos dice terreno embalsado o alagado. A esa época, precisamente, será necesario atribuir el establecimiento del primer poblado malagueño, si nos atenemos al valor que en ibero tienen las partículas de que se compone la palabra Málaga.



Si por principio se admite, en general, que toponimia igual o semejante, en territorios cercanos, denota que en sus primeros tiempos habitaban gentes de igual raza y lengua, habrá de convenirse en que Málaga fué habitada, en el principio, por el mismo pueblo que el de La Algaba; y que las mismas gentes que dieron nombre a Gibraltar y a Gibraleón fueron las que lo pusieron a Gibralfaro. Estos tres últimos llevan prendido, inseparable y tradicionalmente, en su estructura el rastro del pueblo que los inventó. La génesis de los dos primeros de ellos se interna en la lejanía de la expansión de las tribus primitivas; la de Gibralfaro tiene que ser menos antigua que sus semejantes por las razones que indicaremos más adelante.

Según describe Tarancón de Valencia en su obra «Apuntes de un Estudio sobre el Pueblo Ibero», parece ser que el río Guadalquivir, antiguo Betis, en los albores del neolítico debería finalizar su curso en donde hoy está el territorio municipal de la villa de La Algaba; y que ese terreno, a la sazón, hubo de estar constituido por un gran encharcamiento ocasionado por el natural encuentro del agua del Guadalquivir con la del río Cala, y con la del superior avance del Golfo Calatónico que hasta allí llegaba. El encharcamiento de la Algaba debió ser muy considerable; y el primer nombre que hubo de recibir por tal motivo, debió ser La

ALAGA, que es ibero-eúscaro, y que quiere decir TERRENO ALAGADO: TERRENO ENCHARCADO.

Cosas semejantes, de gentes de igual lengua y principios culturales, han de ser, naturalmente, interpretadas de igual manera. Por lo tanto, no parece despropósito que, relacionando las características de aquel terreno con las que nos imaginamos para Málaga en determinada época de la vida, deduzcamos de este nombre un significado semejante, también, al de la Algaba.

El encuentro en continuo y sucesivo choque de las aguas del mar, que hace 200 años nada más invadían aún toda la extensión de la actual Alameda del General Franco, con las de los torrentes en épocas de lluvias y las de los ríos Guadalmedina y Guadalhorce habían de producir igual efecto que en la Algaba. No es aventurado, por lo tanto, suponer que una gran porción de la llanura de Málaga estuviera invadida de agua, encharcada, formando balsas o alagada cuando aquí aparecieran aquellos individuos que decidieran iniciar el primer grupo de población. Vamos a explicárnoslo a través de lo que esa palabra significa en lenguaje eúscaro que, como venimos repitiendo, es el continuador del ibero:

M-AL-A-GA.

En primer término está el signo M, nota que tiene propiedad aumentativa: muy, mucho, grande. Seguidamente viene AL, que entre otros significados encierra el de la extensión profunda, dilatación. Sigue a continuación el signo A que, entre otros valores tiene el de la horizontalidad, propiedad que no hay nada en la Naturaleza que la represente con más precisión que el AGUA en estado de nivel. Finalmente está la partícula GA contracción del sufijo muerto AGA que en basco expresa sitio, lugar o paraje en donde hay, en donde

está o en donde abunda una cosa. De esta suerte, topónimicamente, con la mayor naturalidad, pues la Naturaleza era la mentora de nuestros aborígenes, al contemplar éstos el terreno que tendrían a la vista, en cuyos alrededores decidieran estacionarse no podrían haberlo determinado y denominado sino de este sencillo y expresivo modo:

Sitio, o paraje en donde hay grande extensión profunda con agua; o Lugar en donde hay grande extensión de terreno alagado.

Si esto es lo que la palabra Málaga nos dice a través del lenguaje basco-ibero, que es precisamente aquel que hubieron de hablar los fundadores de la ciudad, ¿cabrá suponer el lugar en donde ésta inició su emplazamiento?

No es fácil responder con puntualidad porque la arqueología no ha profundizado o no ha acertado a encontrar los vestigios de él. Pero si de algo sirve la intuición, puédese aventurar la creencia de que fué en los terrenos que hoy ocupan la Alcazaba y la Coracha. Todos sabemos, por referencias gráficas que no hace mucho tiempo las aguas del mar besaban aún las plantas de esos terrenos en los cuales se conserva el nombre de *Muelle viejo*. Además tiénese la Alcazaba por antigua fortaleza, acrópoli de la ciudad; y aun cuando su creación la atribuyan unos a los árabes y otros a los romanos de cuya época se conservan huellas, sabido es que unos y otros solieron utilizar lo anterior para emplazamiento de lo nuevo cuando así lo aconsejaban las circunstancias. No sería de admirar, por tanto, que antes de los romanos hubiese ahí algo que sirviera de base o de fundamento para la creación de una acrópoli.

Muy próximo a ese muelle viejo existió en tiempos ya históricos, según mencionan algunos historiadores,

entre ellos Polibio, una islita llamada Malagueta, nombre cuya paternidad, igualmente ibera, muestra cuan arraigado estaba en el lenguaje indígena el nombre de Málaga, a pesar de todos los Malaks, Malakos o Malachs, para que lo tomara así la islita; pues la terminación *eta*, como *eda*, dice en basco cosa extendida, prolongación. Malagueta expresa, pues, sencillamente, cosa alargada o pegada al terreno de Málaga, lo que le resta propiedad de islita, nombre que juzgamos le fué puesto por error, por haber sido vista en ciertos momentos de marea alta.

En otra dirección hubo de extenderse igualmente la ciudad, quizás por causa de la industria de las salazones de pescado: hacia el Guadalmedina; pues este río, que en los albores de la vida de Málaga no acusaría de manera muy ostensible su cauce por formar parte aún de la extensión alargada, no adquirió nombre propio. Lo tomó de la misma extensión alargada como la población, al compás de cuyo desarrollo iría tomando cuerpo y figura por efecto del desecamiento del terreno. Por eso, en la «Ora Marítima» de Avieno, se cita a ambos con igual denominación: *Malachaeque flumen, urbe cum cognomine*. Los árabes, al ponerle el nombre de Guadalmedina no hicieron más que adaptar el significado que tenía a su lengua, llamándole *Río de la ciudad*.

GIBRALFARO

Vamos a entrar ahora en el estudio de lo que esta palabra significa. Para ello hemos de abandonar en absoluto la ruta seguida por los helenistas y negar, por lo tanto, no sólo la paternidad griega que algunos le atribuyen como la híbrida greco-árabe que otros

quieren aplicarle sin el menor fundamento científico; porque si se prenden a la idea de que *Gibral* puede venir del árabe *Jebel* y que la terminación *faro* puede obedecer a la existencia de algún Faro luminoso que pudiera haber habido en la cima del monte para orientar a los navegantes, lo primero hemos de ver después que es falso y lo segundo lo es también; ya que, aun cuando parezca paradójico, en la palabra Gibralfaro no existe la terminación *faro*, sino la de *aro*.

Antes de entrar en pormenores acerca del significado de esa palabra será preciso trasladarnos mentalmente, por unos instantes, a otras zonas peninsulares no alejadas de Málaga, en cuya onomástica geográfica encontraremos antecedentes que conviene conocer.

Hay nombres geográficos que se prenden al terreno con tal fuerza y persistencia que ni la invasión de gentes nuevas ni la influencia de lenguas extrañas consiguen desarraigarlos. Algunos son desnaturalizados, corrompidos si se quiere, pero no desaparecen totalmente. La Algaba es un caso típico de los últimos. Entre los primeros se encuentran Gibraltar y Gibráleón.

Gibraltar, con una falta absoluta de reflexión y de estudio crítico se pretende derivarlo de la combinación *Jebel Alpheta* o monte situado en el Estrecho con el nombre del conquistador Táric, o más propiamente Táreg. Aceptar ese origen y esa antigüedad equivaldría a padecer de atonía mental; pues no puede haber criatura humana medianamente culta capaz de admitir cómo, al cabo de miles de años que existía esa mole, en una comarca en la que se sucedieron culturas tan avanzadas cual la tartesa, pudiera permanecer olvidada, sin nombre, hasta el siglo VIII de nuestra Era. Y que de un *Jebel Alpheta Táreg*, de pronunciación tan dura y complicada saliera un Gibraltar, sonoro y ricamente fonético. Háganse cuantas combinaciones aglu-

tinantes se quiera para ligar esos tres vocablos y la fonética se resiste a producir con suavidad un Gibraltar.

No. Gibraltar es más antiguo; antícuísimo: ibero. Ese nombre hubo de ser dado por unos IS del río Bero (Tinto), es decir, I-beros que, al esparcirse por otras tierras por efecto de su grande proliferación, por la estrechez que sintieran en su primitivo hogar de las márgenes del Bero; o por consecuencia de las guerras que sostuvieran, de las cuales se hace mención de lejano recuerdo en la «Ora Marítima», irían a establecerse en el Peñón, al cual denominaron *G*, simplemente porque se trataba de una altura escarpada; y en ibero, como en basco, el signo *G*, significa tanto *subir*, como *lo que está encima: lo alto o elevado*.

Esos iberos, al establecerse en el Peñón se asignaron el gentilicio de *Ges* y el de *Giberos*, o sea *Iberos G*, o iberos de la altura escarpada, en la cual colocaron su *altar*, pues eran profundamente religiosos, practicantes del culto del agua. Siguiendo el método de aglutinación propio del ibero que persiste en el basco; y reuniendo los elementos *Altar*, *Iberos* y *Altura* escarpada o sea *G*, tenemos formada la palabra G-IBERO-ALTAR, GIBRALTAR, pudiendo deducir, conocida la manera sencilla y natural con que procedían los inventores del lenguaje y del alfabeto ibero para aplicar nombres a las cosas, que dicha palabra expresa, con propiedad suma y exactitud manifiesta: ALTAR DE LOS IBEROS G; o ALTAR DE LOS GIBEROS.

Volvamos ahora al punto que habíamos dejado momentáneamente: al de GIBRALFARO.

El significado de esta palabra, según el valor etimológico de sus sílabas sugiere dos ideas, a saber: O la fundación de Málaga data del neolítico o, si lo fué antes, el nombre de Gibralfaro es posterior al de la

ciudad. Lo primero no parece despropósito si se recuerdan las huellas arqueológicas que se conservan cerca de la misma—en Torremolinos—correspondientes a aquella época. El nombre de Gibralfaro no puede ser anterior porque todos los tratadistas están de acuerdo en reconocer que la agricultura, por lo menos la grande, hizo su aparición en el neolítico; y dicho nombre arrastra consigo, de manera indubitable, la existencia de la agricultura en su terminación ARO. Vamos a verlo.

Ni que decir tiene que los nombres, aplicados a las cosas, son siempre posteriores a ellas. Es decir, que la cosa precede indefectiblemente al nombre; o de otro modo, que la cosa tiene que existir ya para que pueda recibir nombre.

Hay en Málaga unos barrios urbanizados que conservan con tanta impropiedad ya, como sinrazón los nombres de HAZA: Haza María, Haza Victoria...; y según los definidores de nuestra lengua llámase Haza a *cierta porción de tierra labrantía o de sembradura*. Lo cual quiere decir que esos barrios urbanizados, cuando recibieron el nombre de Haza estaban destinados a la labranza; y si ya existían antes, para dar lugar a que así se les denominara, antes también de implantarse en España la lengua romance, hubieron de tener nombre en la lengua precedente, con idéntico significado.

Entonces: ¿cuál pudo haber sido ese nombre? Pues ese mismo que, como terminación, lleva prendido, adicionado de manera inseparable la palabra Gibralfaro, tal cual está situado el terreno con relación a la montaña: ARO. Porque, precisamente, esta última significa en basco *tierra en sazón para la siembra*; y entre esta significación y la de *tierra labrantía o de sembradura* existe tanta diferencia como la que hay entre una

espiga de trigo y otra espiga de trigo. Luego la denominación HAZA, de la lengua romance, vino a substituir a la de ARO de la lengua anterior, que fué la ibera, o sea la eúscara, en la cual, elidiendo vocales por aglutinación, Gibralfaro viene a decirnos:

Por G — Altura escarpada, según hemos visto antes;

- › IBERO — El pueblo, la tribu, la estirpe ibera;
- › AL — Extensión, dilatación;
- › FA—ba — Que baja o descende; y
- › ARO — Tierra en sazón para la siembra.

En resumen, y aglutinando: G-IBERO-AL-FA-ARO —G-IBR-AL-F-ARO. *Extensión que desde la altura escarpada de los Iberos descende a las tierras en sazón para la siembra; o de otro modo: Terreno que se extiende desde la altura escarpada de los Iberos a las tierras bajas en sazón para la siembra.*

Ocioso parece poner en resalto la justa propiedad con que esta definición responde a los dictados de la naturaleza, que era la mentora de nuestros aborígenes cuyos principios, aplicados al lenguaje desconocieron griegos, fenicios y romanos, en cuyas lenguas, ni en árabe dice nada en conjunto Gibralfaro. Pueden, pues, los helenistas, abandonar su idea del FARO, hasta que nos puedan proporcionar alguna nueva luz que nos alumbre para explicarnos lo que pueda expresar el resto de la palabra GIBRAL, al que piensan va prendido el *faro*, como también los hibridistas defensores del *Jebel* y del *Faro*, por lo difícil que es coadunar ese *Jebel* aun cuando signifique monte, con un *Gibral*, en cuya composición está igualmente indicado el monte, en figura de *altura escarpada*, y el de sus primitivos ocupantes, remotamente anteriores a la irrupción árabe.

GUADALHORCE

El nombre primitivo de este río se ha perdido a través del tiempo y de la Historia, dando lugar a proliferas conjeturas por consecuencia del poco tino con que de él trataron los historiadores y los geógrafos primitivos. Con el tiempo, a partir de la dominación árabe se le viene conociendo con los nombres de Guadilquivirejo, Guadaljorce y Guadalhorce, sin que ninguno de ellos* guarde la más leve noción de semejanza con el que aparece en la cartografía antigua.

Sabido es que este río discurre a cuatro o cinco kilómetros de Málaga, y se divide, por tierras de la Dehesilla, en su desembocadura, en dos grandes brazos que forman el islote, terrazgo, aluvión, arrastre o como quiera denominársele.

En algunos códices de Tolomeo se le cita con el nombre de *Saduca*, pero debe estar equivocado; pues aun cuando se adapte a los dictados de la naturaleza expresando algo relacionado con el río, lo expresa con mayor propiedad el de SADUBA, que es el que consta en los primeros de dichos códices. En efecto:

SA — Raíz de *sábor*, significa en basco casquijo, arrastre, aluvión; el signo

D — Tiene muchas veces valor eufónico, pero en muchas otras es necesario en las lenguas que carecen de flexión, como el basco-ibero, en forma de preposición inseparable para que dos miembros puedan relacionarse;

UBA — Como *ubai* y *ubal* equivale a río.

Luego SA-D-UBA no puede expresar, con propiedad, otra cosa que *Río de los arrastres*, o *Río de los aluviones*, porque su definición responde a las características fundamentales del mismo, habida cuenta que

atraviesa la formidable falla geológica del Chorro o de los Gaitanes, de donde debe proceder una gran cantidad de material de arrasre con el que hubo de contribuir eficazmente al cubrimiento de los terrenos alagados de la llanura de Málaga, desecándolos, y a la formación, en su desembocadura, del islote antes mencionado.



La arqueología con sus constantes trabajos de excavación en nuestro subsuelo; con el descubrimiento y descripción minuciosa de las Cuevas, de las Peñas y de los Abrigos que han permanecido miles de años ocultos o inaccesibles a nuestra mirada; y con el estudio metódico de sus respectivos hallazgos han prestado a España, en los últimos cincuenta años, mayores y más positivos servicios para el conocimiento del estado cultural de nuestras generaciones pretéritas anteriores a la dominación romana que cuanto pudieran haberlo hecho, reunidas, todas las Historias y Geografías antiguas llamadas fuentes. En el velo que cubría cuanto se relaciona con la vida espiritual y con el estado de progreso de nuestros antepasados se ha abierto un jirón de tal magnitud que nada ni nadie podrá discutirnos ya la valiosa aportación con que, en las sucesivas etapas prehistóricas e históricas de la vida humana, contribuyeron aquellos al desarrollo y difusión del progreso, desde la época en que el hombre manufacturaba con la piedra los útiles necesarios a sus incipientes necesidades—el paleolítico—hasta el presente, a través del neolítico, del eneolítico, de la época del hierro, etc., etc.

Todo induce a pensar, entre tanto, que los arqueólogos como los numismáticos, y los paleógrafos como los demás auxiliares de la Historia y de la Prehistoria

habrán de cambiar de rumbo en el extenso campo de las investigaciones si quieren avanzar más allá del punto en que todos quedan estacionados, atravesando aquel *pons asinorum* de los signos de la escritura ibera, muchas veces despreciados a título de garabatos, y que *probablemente* encierran la explicación del decorado de las cavernas—estrechamente vinculado también al culto religioso del agua—del de los útiles encontrados en ellas y del adorno de la cerámica, a partir de la primitiva, practicado por el procedimiento incisivo. No pueden desdeñar por un momento más el método establecido por Cejador para la interpretación de dichos signos, ni, con él, dejar de llamar a las puertas del lenguaje ibero, del cual, como dijeron MUY EXACTAMENTE Humboldt y Cejador, es continuador el basco; cuyo pueblo—lo repetiremos con Menéndez Pidal—ha quedado *como preciosa reliquia de la España Ibérica, de la cual recibió su cultura primitiva Á su lengua actual.*





